

GUILLERMINA DEL VALLE, *Finanzas piadosas y redes de negocios. Los mercaderes de la ciudad de México ante la crisis de Nueva España 1804-1808*, México, Instituto Mora, 2013, 263 pp. ISBN 978-607-7613-97-8

Guillermina del Valle siempre nos sorprende con su productividad en la publicación de libros y ensayos, teniendo en cuenta que también da clases, asesora alumnos y, sobre todo, dirige la magnífica revista *América Latina en la Historia Económica* con singular maestría. Es, en este momento, la revista latinoamericana más importante de historia económica. Pero hoy no nos incumbe comentar esas contribuciones sino algunas aportaciones de su último libro, *Capitales piadosos*, que es resultado de prolongadas jornadas y años de trabajo sobre la historia económica, social y política del antiguo régimen colonial.

Como demuestra esta nueva obra, Guillermina del Valle no pierde el hilo de su gran trama de investigación personal, que en esta ocasión nos lleva al filo de la navaja, al filo de las guerras de independencia, concentrando la atención en ese momento clave de 1808 y en sus antecedentes inmediatos en el ocaso del régimen virreinal. Pero, ¿por qué es tan importante fijarse en 1808? En primer lugar, porque –en mi humilde y posiblemente equivocada opinión– ya se ha escrito casi lo suficiente sobre 1810, y realmente necesitamos saber mucho más sobre los años que antecedieron al estallido de la insurgencia.

En segundo lugar, su libro es medular porque analiza el *coup d'état* en contra del virrey Iturrigaray el 15 de septiembre de 1808 que fue, en efecto, el primer golpe de estado del siglo XIX en Latinoamérica. Reflejó un momento de posible quiebre del antiguo régimen colonial, aunque en realidad fue un golpe de estado para conservar el estatus quo. ¿Cuál era la coyuntura política en 1808 en la ciudad de México? Relativamente pocos historiadores la han analizado en detalle, salvo Lucas Alamán en su clásica *Historia de*

*México* y, por supuesto, el padre Mier, si bien fue abordada más recientemente por Laurence Black en su tesis doctoral, aún inédita.

Guillermína del Valle decidió que esta coyuntura merecía atención mayor para entender de manera más matizada y compleja una revuelta política de las élites que desembocaría en el derrocamiento del virrey, con todas sus posibles implicaciones, las cuales podrían haber significado la ruptura con España y la monarquía absoluta. Pero, en realidad, este golpe llevó paradójicamente a un acercamiento a la Regencia que reemplazó el gobierno de Carlos IV en la península Ibérica y, luego, a una relación bastante estrecha con el gobierno de las Cortes de Cádiz (1810-1812).

¿Por qué se produjo semejante desenlace? Bien lo sabemos: después de la invasión de España por las tropas napoleónicas, en noviembre de 1807, había tenido lugar una serie de complejas y todavía confusas negociaciones entre Napoleón y el rey Carlos IV y, poco después, con su hijo Fernando VII, futuro rey. Qué les prometió el emperador francés a los monarcas españoles, probablemente nunca lo sabremos, pero aceptaron los términos de lo que era una verdadera rendición y aceptaron vivir en un exilio dorado en el sur de Francia, cada uno en un castillo prestado. Posteriormente, las tropas napoleónicas ocuparon la Península, aunque se encontraron con la insurrección madrileña del 2 de mayo y luego con cierta resistencia del ejército de Andalucía, que intentaba proteger al gobierno de la Regencia instalada en Sevilla, la cual tuvo que refugiarse luego en Cádiz, al tiempo que se convocaron las elecciones en 1809, que darían pie a las famosas Cortes de Cádiz.

Evidentemente, estas noticias causaron pavor entre las élites de la Nueva España, al igual que el triunfo de los franceses, pues para los sectores más acaudalados de México estos cambios abruptos representaban una grave amenaza a su poder, su forma de vida y sus negocios tradicionales. A ello se agregaban múltiples dudas sobre el probable cambio de soberanía, lo que fue acen-

tuado por la comprobación, en agosto de 1808, de que el virrey José de Iturrigaray tramaba con el Cabildo de la ciudad de México la posibilidad de convocar a una insólita Asamblea Mexicana. Además, el virrey era considerado no sólo un enemigo personal de muchos de los más ricos miembros de la oligarquía mexicana (como nos demuestra con gran lujo de detalles Guillermina del Valle), sino un posible traidor: muchos grandes comerciantes se preguntaban si no era un entreguista a Napoleón por el hecho de que autorizó desde octubre de 1805 el traslado secreto de enormes cantidades de plata del gobierno virreinal por el puerto de Veracruz a sucesivos navíos británicos y barcos con licencias reales provenientes de Lisboa, Hamburgo, Estocolmo, Filadelfia y Baltimore. Estas licencias otorgadas por el ministro de Hacienda de España (con el aval del monarca) llegaron a Veracruz con el objeto de llevarse a Francia cantidades importantes de plata de origen fiscal de la Nueva España para pagar el gran subsidio que Carlos IV había firmado con Napoleón en 1803. El virrey Iturrigaray trató de mantener esto en secreto, como se confirma en su correspondencia con el ministro español de Hacienda, Cayetano Soler. Pero muchos de los comerciantes que Guillermina del Valle estudia estaban informados de la trama y, además, les perjudicaba mucho el comercio de licencias para neutrales.

Pero vayamos al grano. ¿Qué nos cuenta Guillermina del Valle? Comienzo mis comentarios a la inversa del orden de los capítulos del libro. O sea, ¡comienzo con el final para tratar de entender el principio! Después de que Gabriel de Yermo y 323 individuos de la ciudad de México –muchos comerciantes del Consulado, como queda establecido en este libro– deponen al virrey Iturrigaray, logran imponer uno nuevo, al mariscal Pedro de Garibay. Este último era, evidentemente, más afín a los intereses de los grandes mercaderes y terratenientes de la Nueva España. Con él se regresaba al estatus quo y se evitaba que el Cabildo se convirtiera en una especie de parlamento en ciernes; además, con el gol-

pe se devolvía toda la autoridad a la Audiencia, la Iglesia y a los Tribunales del Consulado y de Minería como instancias máximas de poder en la capital. Precisamente por ello, el Consulado y los grandes propietarios se opusieron a la insurgencia que habría de estallar en septiembre de 1810.

Pero, ¿por qué se oponían los grandes mercaderes y los grandes propietarios a los insurgentes? No era simplemente una cuestión de clase, o de españoles contra mexicanos. Buen número de los mayores propietarios eran miembros de la más rancia oligarquía mexicana colonial. Sobre todo hay que tener en cuenta que había grandes intereses materiales de por medio, que se expresaban en la propiedad de tierras, haciendas, ganado, plantaciones, comercio, riquísimas minas de plata, y que eran piezas claves de esta élite que detentaba el control de instituciones fundamentales que constituían ejes básicos de la sociedad de antiguo régimen, como diversas instancias de la Iglesia y de las cofradías de seculares, todas basadas en importantes redes de negocios y parentesco.

Estos intereses ya habían sido amenazados desde 1804 por el establecimiento de la consolidación de vales reales en la América española, en especial en la Nueva España. Ello era así porque, con la consolidación, la monarquía obligaba a la mayoría de los deudores de las instituciones eclesiásticas en Nueva España a devolver sus créditos *ipso facto*: peor, estos fondos fueron luego trasladados a la Real Hacienda en Madrid, lo que constituía una verdadera expropiación, ligeramente disfrazada. Guillermina del Valle aprovecha muy bien las extensas investigaciones que ha venido realizando con otros colegas sobre el crédito eclesiástico en la colonia –basta citar a Gisela von Wobeser, Asunción Lavrin y Pilar Martínez, entre otros– para explicar la forma estrecha en que estaban imbricadas las familias y fortunas de los grandes mercaderes con las instituciones eclesiásticas.

Se sabe que el resentimiento de los grandes deudores fue mayúsculo, pero el libro de Guillermina del Valle precisa no sólo el porqué, sino también los lazos que unían al menos a un centenar de familias que eran las más ricas del virreinato y que se vieron afectadas por esta verdadera expropiación real. Esos lazos se describen con maestría en el texto, pero también en las gráficas de redes contenidas en este libro. La autora también explica por qué se encontraba Gabriel de Yermo en el centro de buena parte de estas redes. Su investigación demuestra los méritos de una aproximación histórica que combina el estudio de los intereses económicos con el estudio social de los lazos de parentesco e institucionales y con los problemas de la “política” en el antiguo régimen: políticas de grupo, corporativistas y bastante secretas, pero políticas al fin.

Los secretos de muchos de estos intereses se develaron en las Representaciones de 1805 y de años siguientes que fueron presentadas en contra de la Consolidación: Guillermina del Valle explica con precisión quiénes redactaron y firmaron estos documentos, qué intereses precisos defendían y cómo se entrelazaban. Ello ilustra el hecho de que las redes de la política sólo se pueden entender si también comprendemos las redes de negocios y, en este caso, las vinculaciones con las instituciones eclesiásticas, tan importantes en la arquitectura institucional del antiguo régimen colonial. De allí que el título de este libro sea muy apropiado: *Finanzas piadosas*. Bien vale la pena una cuidadosa lectura de sus páginas, ricas en enseñanzas sobre una de las coyunturas políticas claves que precedieron a la independencia de México.

Carlos Marichal  
*El Colegio de México*